

HEINRICH
BÖLL
ENTRE
GUERRAS

RELATOS DE LOS VENCIDOS

LA MEJOR NARRATIVA BREVE
DEL PREMIO NOBEL
DE LITERATURA

MISHKIN EDICIONES

EL FESTÍN DE BABETTE
COLECCIÓN MISHKIN DE NARRATIVAS

Heinrich Böll

Entre guerras
Relatos de los vencidos

MISHKIN EDICIONES

Publicado por:
Mishkin Ediciones, S. L.
Calle Cervantes, 14, 28014 Madrid
www.mishkin-ed.es
mishkin@mishkin-ed.es

© Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/ Germany, 2019
© De la edición en España: Mishkin Ediciones, S.L., 2019
© De las traducciones al español: Esther Donato (1973), Alfonsina Janés (1981),
Margarita Fontseré (1964), Carmen Ituarte (1973), Vicente Ayuso (2019)

ISBN: 978-84-942189-9-6
Depósito Legal: M-12623-2019
Diseño de cubiertas: KEN, Mutilva Alta (Navarra)
Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)
Traducciones del alemán: Esther Donato, Alfonsina Janés,
Margarita Fontseré, Carmen Ituarte y Vicente Ayuso.
Ortotipografía: Vanesa G. Cazorla
Impresión: Calamar Edición & Diseño
C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Entre guerras
Relatos de los vencidos

Índice

La balanza de los Balek	11
El hombre de los cuchillos	21
La postal	35
Parada en x	45
Al terminar la guerra	57
Anna la pálida	79
Mi tío Fred	87
Un gran alboroto	93
Y hubo tarde y hubo mañana	99
El reidor	109
Algo va a pasar	115
Diario en la capital	123
La iglesia del pueblo	135
Llegó transportando cerveza	161

MI TÍO FRED

Mi tío Fred es la única persona que me hace soportable el recuerdo de los años que siguieron a 1945. Volvió de la guerra una tarde de verano, vestido modestamente, trayendo por toda fortuna una lata colgada del cuello con una cuerda y el peso insignificante de algunas colillas que guardaba cuidadosamente en una cajita. Abrazó a mi madre, nos besó a mi hermana y a mí, murmuró las palabras *pan, sueño, tabaco* y se acurrucó en nuestro sofá. Lo recuerdo como un hombre mucho más largo que el sofá familiar, circunstancia esta que le obligaba a encoger las piernas o, sencillamente, a dejarlas colgar. Ambas posibilidades le daban ocasión de soltar improperios sobre la estirpe de nuestros abuelos, a la que debíamos la adquisición de aquel valioso mueble. Él calificaba aquella proba generación de regañona y pícnica, despreciaba su gusto a causa de aquel color de rosa agrio de la tela con que estaba tapizado el sofá, algo que, sin embargo, no le impedía en absoluto echarse en él largas siestas.

Yo, por mi parte, ejercía entonces una función ingrata en nuestra intachable familia: tenía a la sazón catorce años y era el único eslabón que la unía con aquella memorable institución que llamábamos «mercado negro». Mi padre había muerto en la guerra, mi madre cobraba una insignificante pensión, así que mi tarea consistía en vender casi cada día pequeñas partes del patrimonio que habíamos podido salvar o cambiarlas por pan, carbón y tabaco. El carbón era por aquel entonces ocasión de considerables infracciones del concepto de propiedad que hoy calificaríamos severamente de robos. Iba, pues, casi todos los días, a robar o vender, y mi madre, que se daba perfecta cuenta de la necesidad de tan indigno proceder, me miraba cada mañana con lágrimas en los ojos cuando salía a cumplir mis complejas gestiones. Mi

misión consistía en convertir una almohada en pan, una taza de porcelana en sémola o tres tomos de Gustaf Freytag en cincuenta gramos de café, labor que realizaba con espíritu deportivo, aunque no sin cierta amargura y un poco de miedo, porque los conceptos de valor —así lo llamaba entonces la gente mayor— se habían desplazado considerablemente y, de vez en cuando, sin justificación alguna, concebía la sospecha de que reinaba cierta falta de honradez, ya que el valor que los demás daban a los objetos de cambio no se correspondía en absoluto con el de mi madre. Amarga tarea aquella de servir de intermediario entre dos mundos de valores que luego parecieron irse equilibrando.

La llegada de tío Fred despertó en todos nosotros la esperanza de una enérgica ayuda masculina. Pero enseguida nos defraudó. Ya desde el primer día, su apetito me llenó de inquietud, y cuando sin rodeos se la comuniqué a mi madre, ella me pidió que de momento «lo dejara recuperarse». Transcurrieron casi ocho semanas antes de que se recuperara. Pese a los improperios por la insuficiencia del sofá, dormía allí la mar de bien y se pasaba el día dormitando o explicándonos con voz lastimera cuál era su posición preferida para dormir.

Creo que la que entonces prefería era la de un corredor al empezar la carrera. Le gustaba, después de comer, echarse boca arriba con las piernas encogidas, comerse poco a poco un gran pedazo de pan, luego liar un cigarrillo y esperar, durmiendo la siesta, la hora de la cena. Era muy alto y pálido, y tenía en su barbilla una cicatriz en forma de corona que daba a su rostro el aspecto de una figura de mármol con un martillazo. Aunque seguían preocupándome su apetito y su sueño, me resultaba simpático. Era el único con el que podía, sin pelearme, exponer teorías sobre el mercado negro. Por lo visto, estaba informado del desacuerdo existente entre los dos mundos de valores.

Nunca cedió a nuestra insistencia para hacerle hablar de la guerra; aseguraba que no valía la pena. Se limitaba a informarnos, de vez en cuando, del día de su reclutamiento, que, al parecer, consistió en parte en que un hombre uniformado ordenara con voz estentórea a tío Fred orinar en un tubo de ensayo, exigencia a la que él no pudo obedecer inmediatamente, lo cual fue causa de

que su carrera militar diera comienzo bajo un signo desfavorable. Mi tío aseguraba que el vivo interés del Reich por su orina le había llenado de desconfianza; y aquella desconfianza le fue en gran parte confirmada por los seis años de guerra.

Él era contable y, cuando se hubo pasado las cuatro primeras semanas tendido en nuestro sofá, mi madre le insistió, con fraternal cariño, en que investigara qué se había hecho de la casa en que trabajaba. Mi tío me traspasó cuidadosamente el encargo, pero todo cuanto pude averiguar fue la existencia de un montón de ruinas de casi ocho metros de altura que encontré en un barrio destruido, tras una hora de penosa peregrinación. Tío Fred se quedó muy tranquilo al enterarse del resultado de mi gestión.

Se echó hacia atrás, lio un cigarrillo, miró a mi madre con aire de triunfo y le pidió que sacara lo que conservaba de él. En un rincón de nuestro dormitorio había una caja cuidadosamente clavada, y la abrimos con martillo y tenazas, y gran expectación por nuestra parte. De ella salieron: veinte novelas de extensión mediana y calidad no menos mediana; un reloj de oro, polvoriento pero intacto; dos pares de tirantes; algunos blocs de notas; el diploma de la Cámara de Comercio, y una libreta de la caja de ahorros por valor de mil doscientos marcos. La libreta de la caja de ahorros me fue entregada para retirar el dinero, y el resto, para cambiarlo, incluido el diploma de la Cámara de Comercio, que por otra parte no encontró cliente, pues el nombre de tío Fred estaba escrito con tinta china negra.

De este modo nos vimos cuatro semanas libres de toda preocupación de pan, tabaco y carbón, circunstancia que encontré muy oportuna, ya que todas las escuelas volvían a abrir sus puertas, y a mí se me exigía que completara mi formación.

Ahora que ya hace tiempo que mi formación se considera completa, todavía guardo un buen recuerdo de las sopas que entonces nos daban, especialmente porque aquella comida suplementaria, que ponía en la enseñanza una alegre nota, se obtenía prácticamente sin lucha.

Pero el gran acontecimiento de aquella época fue que el tío Fred, al cabo de más de ocho semanas de su agradable regreso, tomó una iniciativa.

Una mañana de fines de verano, se levantó del sofá, se afeitó con tanto esmero que nos dejó asombrados, pidió ropa limpia, me dijo que le prestara mi bicicleta y desapareció.

Su tardío regreso estuvo acompañado de un gran ruido y un intenso olor a vino; este último fluía de la boca de mi tío, pero el ruido procedía de media docena de cubos de cinc que había atado con una soga. Nuestro susto se calmó un tanto cuando nos enteramos de que había decidido hacer revivir el comercio de flores en nuestra ciudad, seriamente derruida. Mi madre, que se había vuelto muy desconfiada ante el nuevo mundo de los valores, rechazó el proyecto y opinó que las flores no eran artículo de primera necesidad. Pero se equivocó.

Una mañana memorable ayudamos a tío Fred a llevar los cubos recién llenos a la parada del tranvía, donde instaló su negocio. Todavía conservo en la memoria la visión de los tulipanes amarillos y rojos, de los claveles húmedos, y nunca olvidaré lo guapo que estaba en medio de las figuras grises y de los montones de derribos cuando se puso a gritar con voz sonora: «¡Flores, flores!». No necesito decir nada de los progresos de su negocio: fueron rápidos como un meteoro. Al cabo de cuatro semanas ya era propietario de tres docenas de cubos de cinc y director de dos filiales; y un mes más tarde pagaba contribución. Toda la ciudad me parecía cambiada: en muchas esquinas aparecían puestos de flores, no daba abasto a la demanda; cada vez comprábamos más cubos de cinc, instalábamos más puestos, fabricábamos más carritos.

Además, no solo estábamos siempre provistos de flores frescas, sino también de pan y carbón, y yo pude abandonar mi oficio de proveedor, cosa que contribuyó enormemente a mi fortalecimiento moral. Tío Fred ya hace tiempo que está establecido: sus filiales siguen florecientes, tiene coche y está previsto que yo le herede. Me ha encargado que estudie economía para poder hacerme cargo de la parte tributaria del negocio ya antes de entrar en posesión de la herencia.

Hoy, cuando veo a ese hombre corpulento sentado al volante de su coche esmaltado de rojo, me parece extraño que hubiera verdaderamente una época en mi vida en que su apetito me tenía en vela noches enteras.

LA BALANZA DE LOS BALEK

En la tierra de mi abuelo, la mayoría de la gente vivía de trabajar en las agramaderas. Desde hacía cinco generaciones, generaciones pacientes y alegres que comían queso de cabra, patatas y, de vez en cuando, algún conejo, respiraban el polvo que desprenden los tallos del lino al romperse y dejaban que este los fuera matando poco a poco. Por la noche, hilaban y tejían en sus chozas, cantaban y bebían té con menta, y eran felices. De día, agramaban el lino con las viejas máquinas, expuestos al polvo, sin ninguna clase de protección, y también al calor que desprendían los hornos de secado. En sus chozas había una sola cama, parecida a un armario, reservada a los padres, mientras que los hijos dormían alrededor en bancos. Por la mañana la estancia se llenaba de olor a sopas; los domingos había gachas, y los rostros de los niños enrojecían de alegría cuando en los días de fiesta extraordinaria el negro café de bellotas se teñía de claro, cada vez más claro, con la leche que la madre, sonriente, les vertía en sus tazones.

Los padres se iban temprano al trabajo y confiaban a los niños el cuidado de la casa; estos barrían, hacían las camas, fregaban los platos y pelaban patatas, preciosos frutos amarillentos cuyas finas mondas tenían que presentar luego para no incurrir en la posible sospecha del despilfarro o la ligereza.

Al volver del colegio, los niños tenían que ir al bosque a recoger setas o hierbas, según la época: asperilla y tomillo, comino y menta, también dedalera y, en verano, cuando habían cosechado el heno de sus míseros prados, recogían las amapolas. Les daban un *pfennig* por un kilo que, en la ciudad, los boticarios vendían a veinte *pfennigs* a las señoras nerviosas. Lo más valioso eran las setas: les daban veinte *pfennigs* por kilo y se vendían en las tiendas de la ciudad a un marco veinte. Hasta lo más profundo y espeso

del bosque penetraban los niños en otoño cuando la humedad hace brotar las setas de la tierra, y casi cada familia tenía sus rincones donde recogía las setas, sitios cuyo secreto se transmitía de generación en generación.

Los bosques pertenecían a los Balek, así como las agramaderas; los Balek tenían en el pueblo de mi abuelo un castillo, y la esposa del cabeza de familia de cada generación tenía un gabinete junto a la despensa, donde se pesaban y se pagaban las setas, las hierbas y las amapolas. Encima de la mesa de aquel gabinete estaba la gran balanza de los Balek, un artefacto antiguo y retorcido, de bronce dorado, ante el cual habían esperado ya los abuelos de mi abuelo, con las cestitas de setas y los cucuruchos de amapolas entres sus sucias manos infantiles, mirando ansiosos cuántos pesos tenía que echar la señora Balek en el platillo para que el fiel de la balanza se detuviera exactamente sobre la raya negra, aquella estrecha línea de la justicia que cada año había que trazar de nuevo. La señora Balek tomaba luego el libro de lomo de cuero pardo, apuntaba el peso y pagaba el dinero, en *pfennigs* o monedas de diez *pfennigs* y, muy raras veces, de marco. Cuando mi abuelo era niño había allí un bote de vidrio con caramelos ácidos de los que costaban a marco el kilo, y cuando la señora Balek que gobernaba en aquella época el gabinete estaba de buen humor, metía la mano en aquel bote y le daba un caramelo a cada niño, cuyos rostros enrojecían de alegría como cuando su madre, en los días de fiesta extraordinaria, vertía leche en sus tazones, leche que teñía de claro el café, cada vez más claro hasta llegar a ser tan rubio como las trenzas de las niñas.

Una de las leyes que los Balek habían impuesto en el pueblo era que nadie podía tener una balanza en su casa. Aquella ley era tan antigua que ya a nadie se le ocurría pensar cuándo y por qué había nacido, pero había que respetarla, porque quien no la obedecía era despedido de las agramaderas, y no se le compraban más setas, ni tomillo ni amapolas; y el poder de los Balek llegaba tan lejos que en los pueblos vecinos tampoco había nadie que le diera trabajo ni nadie que le comprara las hierbas del bosque. Sin embargo, desde que los abuelos de mi abuelo eran niños y recogían setas y las entregaban para que fueran a ameni-

zar los asados o los pasteles de la gente rica de Praga, a nadie se le había pasado por la cabeza infringir aquella ley: para medir la harina había medidas de capacidad, los huevos se podían contar, se sabía cuánto se tenía hilado midiéndolo por varas y, por lo demás, la balanza de los Balek, antigua y de bronce dorado, no daba la impresión de poder engañar: cinco generaciones habían confiado al negro fiel de la balanza lo que con infantil ahínco recogían en el bosque.

Si bien había entre aquellas gentes pacíficas algunos que burlaban la ley, cazadores furtivos que pretendían ganar en una sola noche más de lo que habrían ganado trabajando un mes en la fábrica de lino, a ninguno se le había ocurrido la idea de comprarse una balanza o fabricársela en casa. Mi abuelo fue el primero que tuvo la osadía de verificar la justicia de los Balek que vivían en el castillo, que tenían dos coches, que pagaban siempre a un muchacho del pueblo los estudios de teología en el seminario de Praga, a cuya casa acudía el párroco cada miércoles a jugar al tarot, a los que el comandante del departamento, con el escudo imperial en el coche, visitaba por Año Nuevo, y a los que, en 1900, el propio emperador elevó a la categoría de nobles.

Mi abuelo era laborioso y listo: se internaba más en los bosques que los demás niños de su stirpe, se aventuraba hasta la espesura donde, según la leyenda, vivía Bilgan, el gigante que guardaba el tesoro de los Balderer. Pero mi abuelo no tenía miedo a Bilgan: se metía hasta lo más profundo del bosque y, ya de niño, cobraba un importante botín de setas y encontraba incluso trufas que la señora Balek valoraba en treinta *pfennigs* la libra. Mi abuelo apuntaba todo lo que vendía a los Balek en el reverso de una hoja de calendario: cada libra de setas, cada gramo de tomillo y, con su caligrafía infantil, apuntaba al lado lo que le habían dado por ello; dejó inscrito cada *pfennig*, desde sus siete años hasta los doce. Y cuando cumplió los doce, llegó el año 1900, y los Balek, para celebrar que el emperador les había concedido un título, regalaron a cada familia del pueblo un cuarto de libra de auténtico café, del que viene de Brasil; también repartieron cerveza y tabaco a los hombres, y en el castillo se celebró una gran fiesta: la avenida de chopos que va de la verja al castillo estaba llena de coches... ..